



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO I.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Sra. D.^a Patrocinio de Biedma, Sacramento, 58.—Cádiz.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

10 de Junio de 1877

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. 25 »
En Cuba y Puerto Rico, trimestre, id. 10 »
Extranjero y repúblicas americanas, id. 15 »

NÚM. 4.

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

COLABORADORES.

Auber, D.^a Virginia Felicia.
Asensi, D.^a Julia.
Calé de Quintero, D.^a Emilia.
Díaz de Lamarque, D.^a Antonia.
Grassi, D.^a Angela.
Gimeno, D.^a María de la Concepción.
Graciella.
Ormaeche, D.^a Ermelinda.
Lujan, D.^a Eloisa.
Rattazzi, Madame.
Sinués, D.^a María del Pilar.
Troncoso, D.^a Matilde.
Albareda, D. José Luis.
Almenas, Conde de las.
Alvarez Jimenez, D. Antonio.
Asensio, D. José María.
Asquerino, D. Eduardo.
Aunon, D. Guillermo.
Alvarez, D. Miguel de los Santos.
Alcalá Galiano, D. José.
Balaguer, D. Victor.

Borrego, D. Andrés.
Burgos, D. Javier.
Caseljar, D. Emilio.
Cánovas, D. Antonio.
Castro, D. Adolfo.
Campoamor, D. Ramon.
Corradi, D. Blas de L.
Cerdá, D. Manuel.
Cueto, Marqués de Valmar, D. L. A. de
Chica, D. Angel de la
De Gabriel, D. Fernando.
Doctor Thebussem.
Díaz de la Quintana, D. Alberto.
Díaz de Benjumea, D. Nicolás.
Echegaray, D. José.
Fabraquer, Conde de.
Flores Arenas, D. Francisco.
Flores, D. Gerónimo.
Frontaura, D. Carlos.
Plaquer, D. Francisco de P.
Ginard de la Rosa, D. Rafael.

Guerrero, D. Teodoro.
García Caballero, D. Federico.
Hartzenbusch, D. Juan Eugenio.
Herran, D. Fermín.
Harmsen, D. Alejandro.
Ibañez Pacheco, D. Pedro.
La Serna, D. A. Fernando.
Leon y Castillo, D. Fernando.
Leon Mainez, D. Ramon.
Lamarque y Novoa, D. José.
Miró, D. Juan.
Milans del Bosch, el General.
Moreno Espinosa, D. Alfonso.
Moya y Jimenez, D. Luis.
Mendoza, D. J. R. de.
Moreno Castelló, D. José.
Osorio y Bernard, D. Manuel.
Offerrail, D. Javier.
Pongilloni, D. Aristides.
Pacheco, D. Francisco de Asis.
Piñal, D. Federico.

Paz, D. Abdon.
Pando y Valle, D. Jesus.
Rodríguez, D. Jorge.
Rodríguez Arroquia, D. Angel.
Ruiz Jimenez, D. Joaquin.
Revilla, D. Manuel.
Romero Ortiz, D. Antonio.
Salvany, D. Juan T.
Steenackers, Mr. F. F.
San Miguel de la Vega, El Marqués de.
Sepúlveda, D. Ricardo.
Sagasta, D. Práxedes M.
Trueba, D. Antonio.
Vidart, D. Luis.
Vieyra de Abreu, D. Carlos.
Vila y Blanco, D. Juan.
Vilar y García, D. Casto.
Valls y Alvarez, D. Antonio.
Valera, D. Juan.
Valero de Tornos, D. Juan.
Zarandona, D. Florentino.

SUMARIO.

El criterio de la fe ante los sofismas de la crítica moderna, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Amor, gloria y lágrimas, por EMILIA CALÉ DE QUINTERO.—^o, por JULIA DE ASENSI.—Historia triste, por JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.—En un abanico, por RICARDO SEPÚLVEDA.—Una causa y dos efectos, por LUIS VIDART.—A ti, por JUAN T. SALVANY.—Anaeréontica, por JOSÉ MORENO CASTELLÓ.—Y al punto quedan muertas, por JESUS PANDO Y VALLE.—Una albalá de Felipe III, por el Doctor THEBUSSEM.—LITERATURA FRANCESA: La Madeleine de Titien, por F. F. STEENACKERS.—La flor del cementerio, continuación, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Correspondencia del CÁDIZ, por P. DE B.—Noticias.—Advertencias.—Anuncios.

EL CRITERIO DE LA FE

ANTE LOS SOFISMAS

DE LA CRÍTICA MODERNA.

Si la filosofía fuese, como se pretende que sea, la ciencia de la razón, esa ciencia que, llevando el análisis al sentimiento abstracto, promete llegar á explicarse su conclusión por medio del conocimiento exacto de su principio, sería preciso convenir en que su marcha no tiene el progresivo desarrollo que al gran motor de la inteligencia humana de-

bia estarle reservado. Como si todas sus teorías girasen en derredor de una verdad comprensible, pero inexplicable, cada una de sus escuelas crea una nueva duda y deshace un antiguo error; cada uno de sus apóstoles plantea una nueva doctrina, que es la negación de aquella en que se ha inspirado, y á cada una de estas doctrinas parece estarle reservado el extraño destino de partir de lo imposible para llegar á lo real, es decir, de encontrar la verdad de un efecto por medio del error de una causa.

La razón se explica esa lucha constante del espíritu humano por explorar con la mirada fría de la ciencia todos esos abismos que, envueltos en la grandeza del misterio, detienen su paso en la vida, y la razón no sólo se explica esa lucha, sino que la admite como necesaria, pues la actividad es un principio de vida y la discusión una especie de crisol de la inteligencia en que se depuran las grandes verdades y se deshacen las pequeñas mentiras.

Sentado este principio, claro es que la humanidad tiene, entre los derechos que le confiere su libre albedrío, el derecho de la duda; pero el que no tiene, ni puede tener, es el de la negación, tratándose de negar aquello que no puede comprender.

Cuando la solución de los problemas filosóficos empezaba á preocupar al mundo de la inteligencia, uno de los que con más ardor fijó en Alemania los cimientos del nuevo edi-

ficio, templo de todas las ciencias, el filósofo Kant, contestaba á la pregunta de ¿qué es lo que existe?: *La duda*. Y esta contestación marcaba á sus discípulos las luchas progresivas por que la nueva secta habia de pasar; la duda es la indecisión, la vaguedad, lo posible en lo imposible; y la duda por sí sola excita á buscar la afirmación; es la sombra que atrae hácia la luz.

Las escuelas filosóficas, como todo aquello que no tiene por base el principio fijo de una ley inmutable, han aceptado, en su lenta marcha á través del progreso humano, ideas nuevas bajo el punto de vista de la filosofía, pero conocidas ya, y aún desechadas como absurdas, en el mundo de la razón y del sentimiento.

Estas ideas que pretenden llamar propias, porque vaciadas en el molde del sofisma moderno han cambiado de forma, aunque no de esencia, son una especie de palanca moral que, apoyándose en la negación, pretende remover el edificio de la verdad religiosa, única verdad inmutable que han encontrado en sus investigaciones; pues si la ciencia humana tiene una forma real que la hace perceptible, la fe divina es una razón abstracta que se siente en cada uno de nuestros sentimientos, pero que, visible á nuestra alma, no puede serlo á nuestros sentidos, por esa gran razón que obedece á las leyes más generales de la lógica y del sentido común, por la razón de que en la inteligencia humana no cabe la interpretación

de las obras divinas, de esas obras que no se concretan á abstracciones puramente ideales, sino que, velando en el misterio los principios de su causa, nos hace tocar cual verdades positivas sus efectos.

Porque no son otra cosa que efectos de esa causa divina la idea de justicia, de legalidad y de amor que desde el principio del mundo palpita en todas las razas que sienten en su propia vida la inteligencia que crea, como el destello de otra vida que se nos revela por el sentimiento.

Si diésemos como Condillac la fuerza de nuestra vida, el principio de todo, á la *sensación*, tendríamos, como él, que aceptar la teoría sin discutirla, comprender el sensualismo sin explicarse la sensualidad, y la idea iría en una nueva corriente á un Loke que la llevase al dominio de los sentidos, y á un Berkley que la elevase á lo ideal, disolviéndose así en aspiraciones más ó menos razonables, para volver á la *gran nada* que se creyó el gran todo.

Pero no pudiendo hoy, como no podemos, borrar verdades reconocidas como incontrovertibles, no debiendo hacer de la filosofía la piqueta demoleadora de lo que es base y corona de la ciencia humana, el criterio de la fe, unido al de la razón y la conciencia, debe oponerse á ese torrente de negación que, al despeñarse en el abismo de la nada, sólo alcanza fijar con su estrepitosa caída la atención de la sociedad moderna, que se detiene á contemplar con curiosidad culpable esas espumas soberbias que flotan un momento matizándose en los colores brillantes del progreso humano, pero que pasan y se deshacen para siempre porque les falta la vida propia que tiene toda idea que encierra un alto principio de utilidad moral, es decir, que lleva en sí el germen sublime de la verdad y el bien.

En el mundo moral, como en el físico, todo está sujeto á leyes inmutables, á reglas fijas, y no está en la voluntad del hombre el remover las unas para cambiarlas según su capricho, ni el transformar las otras según su conveniencia.

Los problemas científicos serán siempre discutibles, y el hombre agotará en descifrarlos su vida y su inteligencia para llegar á saber que no sabe nada; los problemas religiosos, esto es, los misterios divinos, parecerán más grandes cuanto menos se afane la razón por comprenderlos.

La ciencia es un diamante recogido por la humanidad bajo las capas groseras de la ignorancia, el cual se va labrando con el roce constante de las generaciones que se suceden, cada una de las cuales arranca á la hermosa piedra algunas chispas de luz.

La religión no puede oponerse á esa obra gigante de los siglos, ese perfeccionamiento leve y seguro del sentimiento humano, que acaso se ha tenido muy presente en la gran obra de la regeneración del hombre, pues bajo las doctrinas de Jesucristo crecen y se desarrollan las artes y las ciencias, purificadas, embellecidas, transformadas en ese suave molde de amor y de poesía en que el Artista divino vacía sus purísimas creaciones.

La filosofía, que puede llamarse la maestra de las ciencias, pues todas se humillan ante ella, está llamada á marchar al frente de la civilización con la honrosa bandera del progreso moral entre sus manos; á aceptar la lucha con los utopistas, y á deshacer con pruebas de razón lógica los sofismas en que la pequeña crítica de nuestra época se sostiene; á buscar á través de la sombra de sus dudas el rayo de verdad que ha de ilustrarla; pero ni como ciencia, ni como escuela, ni como razón, puede aceptar la negación de Dios como doctrina, porque esa negación deshace el edificio efímero de su poder, como deshace un soplo de viento el castillo de naipes que levanta un niño.

La negación no puede, no debe tener apoyo; la negación es un sentimiento aislado, ajeno á las leyes de la metafísica y á las reglas de la lógica; es la idea cobarde que se emancipa de la inflexible regularidad del raciocinio; la aspiración abyecta que, dominada por un poder invisible, por el poder de la conciencia, quiere hacer pedazos ese poder que se antepone al Yo, miserable soberanía que halaga el orgullo del egoísta ateo que con el nombre de incrédulo se abre paso en nuestra época.

La fe tiene un criterio sublime; criterio que nada tiene que ver con el panteísmo racionalista, ni con el deísmo filosófico; criterio que se afirma en sí mismo y que flota sobre todas las negaciones, sobre todos los delirios.

El hombre tiene la idea de ese criterio en su propia intuición, y le fortalece con sus mismas dudas. Porque la duda implica una necesidad de creer; la duda puede transformarse en convicción al más leve roce del sentimiento en el alma.

Hay en nuestra manera de ser grandes misterios vedados á la ciencia.

El hombre estudia y analiza las sensaciones de la materia, y encuentra la explicación de ellas; pero jamás puede explicarse los sentimientos del alma, siempre nuevos, siempre grandes.

No, el alma no puede moldearse en la materia; no puede nutrirse con esos jugos de vida que, agotados, llegan á ser un puñado más de polvo en el seno de la tierra; no, este algo que late en nuestro pensamiento, que concibe la idea, que nos hace perceptibles á esa misma idea las causas exteriores de que se permite juzgar; ese algo no puede morir como muere lo bello en la materia, como muere el aroma, la luz, la armonía; ese algo queda sobre nuestra nada, y si Dios no hubiese revelado al mundo su existencia, dejándole en sus leyes de amor una prueba de esta verdad, el hombre inteligente adivinaria á Dios al adivinar un alma, y le ofrecería su adoración espontánea sin leyes, ni reglas, ni dogmas, pero con fe y convicción.

¡Oh! ¿El alma desecha en la materia como una miserable arcilla, como un jugo desecado, como un vapor que la tierra absorbe, como una luz que la muerte apaga, como un perfume que disipe el viento?...

En la naturaleza no encontramos los orígenes de una vida superior; tenemos que buscarlos en nosotros mismos.

En la naturaleza todo es limitado; en nuestros sentimientos todo es inmenso.

La naturaleza, como una obra inanimada, guarda esos grandes secretos que contribuyeron á su formación; nuestro espíritu, como un poder vivo é incansable, va arrancando uno á uno esos misterios desde el fondo de sus entrañas de sombra, para envolverlos en la luz de su razón.

Ahora bien: si la negación de la crítica incrédula de nuestra época se justificase, habría que admitir para nuestra inteligencia una causa material, y en ese caso suponer que de una causa mezquina procedía un efecto sublime, que de un todo limitado separábase una parte infinita.

Hé aquí que del fondo mismo de los principios de las modernas escuelas sale la negación, no de la idea que combaten, sino de la idea en que esos principios se apoyan. Porque al negarnos lo que creemos, no nos dan una consecuencia clara y exacta de nuestro error; deshacen, pero no crean; dejan el vacío ante el sentimiento, y, sin pensarlo, fortifican la fe, pues en vano se quiere llevar el corazón del hombre hacia la nada: ese corazón que espera, ese corazón que lucha, necesita creer porque necesita vivir.

Esa necesidad es el mejor criterio de nuestra creencia.

La fe, como necesidad, se acoge, como sentimiento se conserva, como dogma se ama.

La fe religiosa es la fuerza vital de las sociedades, es su unidad, es su heroísmo, es su genio, es su gloria.

Arrancad del seno de la humanidad esa raíz misteriosa de un árbol sagrado, y vereis cómo la hermosa armonía que ha precedido á su formación desaparece.

Vereis cómo se debilita la autoridad, cómo la caridad se agota, cómo el amor se embrutece.

Quitad el aura divina que flota invisible sobre la raza humana, y su elevación decae.

El cristianismo nació inmutable porque nació perfecto; de ahí la fe que inspira la obra de Dios.

La filosofía, como ciencia, se va perfeccionando lentamente; es la obra de la inteligencia humana que se abre paso en lo desconocido; es grande por su misión, pero, como emanada del hombre, llega á ser rebelde y peligrosa si intenta poner su palabra impía sobre la realidad de Cristo, si osa posar su pensamiento incrédulo sobre las verdades de nuestra fe.

Un periódico americano nos ha acusado recientemente de ser intransigentes en religión: no es exacto; con el error, con el sofisma, con la negación no se puede transigir.

No tenemos la aberración del fanatismo, sino la firmeza de una doctrina pura.

Buscamos el consuelo en la fe, y la ilustración en la ciencia. No creemos que sea la misión de ésta la negación de Dios, porque de ser así, la humanidad ganaría mucho con que la dejasen su sencilla ignorancia, pues todas las escuelas filosóficas del mundo no podrían hacerle el bien que se encierra en uno solo de los preceptos de nuestra religión.

PATROCINIO DE BIEDMA.

AMOR, GLORIA, LÁGRIMAS.

I.

Aquí, mi bien, en deliciosa calma
Resbalarán las horas dulcemente,
Sin nubes en el cielo de la mente,
Ajenos á las lágrimas del mal:
Brillante la natura nos circunda
De una hermosa y perpetua primavera...
¡Ay! quién la vida detener pudiera
En oasis tan puro y celestial!

No turbe nuestro sueño de ventura
Lúgubre idea que á la frente asome,
Ni nunca nuestra faz las tintas tome
Que á su paso imprimiendo va el dolor.
Nívea corona tejerá mi mano
Para ceñir con ella tus cabellos;
Nuestros días, así, lucirán bellos
Bajo el cielo risueño del amor.

II

Ven á mi lado, que tu amante pecho
Mi suspiro doliente fiel recoja,
Hoy que miro marchita hoja tras hoja,
La bellísima flor de mi ilusión...
Santo bien en la tierra fui buscando
Que al corazón santos placeres diera,
Y el Cielo que he forjado en mi quimera,
Se deshizo ante el sol de la razón.

Pueda tu voz de mis amargas horas
Mitigar el profundo sentimiento,
Que este afán insaciable que en mí siento,
Hallo el mundo mezquino para él.
Yo ambiciono más luz, mundos ignotos,
Un *más allá* que busco en mi locura,
Esa gloria inmortal que me asegura
El ceñir á mi sien verde laurel.

III.

Alza un eco que arrulle cariñoso
El sueño de una vida que declina,
Que ya feliz el alma se encamina
Hacia el bien eternal que debe amar.

Un paso más, y miraré perdidas,
Las fugaces venturas del momento:
Hoy la esperanza de una patria aliento
Que al reposo del cuerpo dé lugar.

¡Lágrimas y oración! Benditas flores
Que al borde de la tumba puras nacen!
Ellas aquí los eslabones hacen
De la cadena que nos une á Dios,
Triste la vida es ya; tan sólo al mundo
Pidamos al morir una plegaria,
Y que adorne modesta pasionaria
La humilde sepultura de los dos.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

Lugo: 1877.

Hace un año, tranquilos, venturosos,
Juntos en el balcón,
Las hojas de esmeralda de un arbusto
Mirábamos los dos.
Ni tú ni yo jamás saber logramos
En qué sitio creció,
Sobre los techos de lejanas casas
Lucía su verdor.
Le ví nacer primero que otras flores
Y el último murió,
Pareciendo que tú con tus miradas
Le dabas más vigor.
Él era mi esperanza más hermosa,
Mi más grata ilusión,
Que huyeron de mi vida para siempre
Cuando él se marchitó.

Ha llegado el verano: ya se eleva
En los campos la flor;
En el balcón también, más triste y sola
por mi desgracia estoy.
Tu cuerpo ha muerto, tu alma libre vuela
Por la eterna mansion,
Porque el Cielo sin duda te ha querido
Para un mundo mejor.
El arbusto que en días más felices
Mirábamos tú y yo.
No nace, pareciendo que su vida
A la tuya une Dios.
Queda un hueco, tal vez para otra planta,
Allí donde él nació,
Nada llena el vacío que tú dejás
Que está en mi corazón.

JULIA DE ASENCI.

Madrid: 1877.

HISTORIA TRISTE.

Era aún niña, y sus padres de su lado
La apartaron, con bárbaro rencor:
Cruzó del mundo el piélago agitado
Sola... con su dolor.

Fué mujer, y á la voz de amor constante
Sintió su ardiente pecho palpitante...
Fingido fué el amor... falso el amante...
Su destino... olvidar.

La gloria un punto sus divinas alas
Sobre su frente pálida agitó:
Logró del genio las sublimes galas,
Y su lira vibró.

Mas en vano ceñir quiso la suerte
Brillantes láuros á su altiva sien:
Son láuros sin amor, láuros de muerte,
Y mentido su bien.

Hora de un cláustro en ámbito sombrío
Del mundo olvida la ilusión falaz:
¿Es feliz... ó tal vez pesar impío
La persigue tenaz?

¡Feliz!... La miro, y en su rostro helado
No descubro una sombra de aflicción:
Cerrada está su mente á lo pasado...
¡Cuántas lágrimas ¡ay! habrá costado
Esta sublime paz al corazón!...

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

Sevilla: 1877.

EN UN ABANICO.

Aunque tanto y tan bueno
Tienes el aire,
Acaso te figures
Que no es bastante,
Y algunas veces
Más aire, en el verano
Quieras hacerte.

Por si este caso llega
Yo necesito
Que admitas sólo el aire
De este abanico...
Aire formado
Con todos los suspiros
Que yo te mando!

RICARDO SEPÚLVEDA.

Madrid: 1877.

UNA CAUSA Y DOS EFECTOS.

Al estrechar su mano entre las mias,
Absorbiendo la luz de su mirada,
Ante mis ojos aparece el mundo
Cielo de amor y centro de las almas.

Mas cuando lejos de ella pasa el tiempo,
Si no escucho el rumor de sus palabras,
Ante mis ojos aparece el mundo
Cual la mansion del mal sin esperanza.

Así hallo en torno mio pena ó dicha
Por el delirio de mi amor creadas,
¿Dónde está la verdad, si el sentimiento,
En su fugaz cambiar, todo lo cambia?

LUIS VIDART.

Madrid: 1877.

Á TÍ.

Yo era ateo: ciego en pos
Fuí de la materia impura;
Un día ví tu hermosura
Y aquel día creí en Dios.

Es tu cabello, delgado
Y fino como la seda,
La cadena en que se enreda
Mi corazón lastimado.

Tu frente... sólo al mirarla
Con su tersa lozanía,
Con la vida pagaría
El delito de besarla.

Tus cejas negras, lustrosas,
Son de mi cárcel las rejas;
Yo nunca he visto unas cejas
Como las tuyas hermosas.

Tus ojos negros, brillantes,
De cuya virtud respondo,
Son el abismo sin fondo,
La tumba de los amantes.

¡Cuántas veces, ay de mí,
No hay ángeles, me decía!
Pero te ví, y aquel día
En los ángeles creí.

Y dije, ante el sentimiento
Del arte, que en mi ser vive:
—Tan sólo un Dios se concibe
Creador de tal portento.—

Mas no aquí fué lo peor,
Sino que con admirarte
El sentimiento del arte
Se fué trocando en amor;

Y hoy, por mi desdicha fuerte,
Con el alma en dos partida,
Si tú no me das la vida
Me está venciendo la muerte.

Cautivo de amor, espero
Que redimas al cautivo:
Con una palabra... ¡vivo!...
Con otra palabra... ¡muero!...

JUAN TOMÁS SALVANY.

Madrid: 1877.

ANACREÓNTICA.

Ven conmigo á la fuente,
Vente conmigo niña,
Bajo la espesa sombra
De tilos y de lilas.
Allí el silencio vive,
La soledad respira,
Las flores son más bellas,
Las noches más tranquilas,
Mejor cantan las aves,
Es más hermoso el día,
Más trasparente el agua
Y más dulce la brisa.
Allí de mis amores
Serás prenda querida,
Á quien daré mis cantos
Pidiendo tus caricias.
No habrá de amores frase
Que el labio no te diga;
Inspirará mi frente
La luz de tu pupila
Y en pago del cariño
Que el pecho te confía,
Sabrá darme tu boca
Su más tierna sonrisa.
Yo velaré tu sueño,
Yo te veré dormida
Sobre la fresca yerba
Que nadie, mi bien, pisa.
Á tí dará tan sólo
Sus ricas armonías,
Tuyo será el aroma
De flores escondidas,
Tuyo el ramaje espeso
Que con su sombra brinda,
Tuyo mi amor gigante
Y tuya el alma mía.
Ven á la fuente, hermosa,
Vente de amor cautiva,
Que allí libre te aguardan
Las horas de tu dicha.

J. MORENO CASTELLÓ.

Jaen: 1877.

Y AL PUNTO QUEDAN MUERTAS!...

Á LA SEÑORA

Doña Patrocinio de Piedra,

REPUTADA ESCRITORA Y NOTABLE POETISA.

Nace una flor al soplo de la brisa
Y su corola adornan ricas perlas,
Es el encanto entónces, la alegría,
Es del prado la reina.

Mas brilla del estío el sol ardiente,
Su mirada de fuego fija en ella,
Y al imprimirla un beso entre sus hojas
La marchita y la seca.

Así en la juventud las ilusiones
Son al nacer como la flor muy bellas,
Pero las hiere el sol del desengaño
Y al punto quedan muertas!...

JESUS PANDO Y VALLE.

Oviedo: 1877.

UN ALBALÁ DEL REY DON PHELIPE III.

AL SR. P. SANCHE MOGATAR, ETC., ETC., ETC.,
EN ZAMORA.

MI QUERIDO SEÑOR Y DUEÑO:

ACABO de recibir con notable retraso, y gracias á Alá que la he recibido, una copia del periódico zamorano intitulado *La Enseña Bermeja*, correspondiente al 4 de Abril de 1877, en el cual tiene usted la bondad de dirigirme una carta, con el mismo epígrafe que esta lleva, proponiendo ciertas dudas que se le ofrecen relativas á desigualdades entre

dos ediciones que pasan por traslados fieles de la primera del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Presenta usted la cuestión con toda claridad, diciendo: el *Quijote* académico estampado en Madrid por la viuda de Ibarra en 1787, lleva, encabezados con la letra de *principios de la primera edición*, los preliminares siguientes:

1.º La *tasa*, dada en Valladolid á 20 de Diciembre de 1604.

2.º El *privilegio* para imprimir el libro en Castilla, fechado en Valladolid á 26 de Setiembre de 1604.

3.º El *albalá*, en portugués, privilegiando á Cervantes para estampar su obra en Portugal, datado en Valladolid á 9 de Febrero de 1605.

4.º La *dedicatoria*, prólogo, etc.

El *Quijote* foto-tipográfico (Barcelona 1871-72) de Lopez Fabra, lleva por cabeza:

1.º La *tasa*.

2.º Las *erratas*, corregidas en Madrid á 1.º de Diciembre de 1604.

3.º El *privilegio* para imprimir en Castilla.

4.º La *dedicatoria*, prólogo, etc.

Y usted pregunta con muchísima razón y muchísima lógica: ¿por qué omitió la Academia el *testimonio de erratas* y no insertó Lopez Fabra el *Albalá portugués*? ¿En qué se funda semejante divergencia?

Creo que consiste en que aún no se ha fijado con claridad y con precisión el orden cronológico de las ediciones del *Quijote*. Allá vá este proyecto:

(A) PRIMERA EDICION.—1605: con privilegio: en Madrid, por Juan de la Cuesta.

Esta es la que ha reproducido fielmente, por medio del sistema heliográfico, mi generoso amigo el Coronel Lopez Fabra, y esta es la *Verdadera* edición príncipe del *Quijote*, que como luego veremos, no fué la copiada por la Academia.

(B) SEGUNDA EDICION.—1605: en Lisboa, por Jorge Rodriguez.

(C) TERCERA EDICION.—1605: en Lisboa, por Pedro Cresbeek.

(D) CUARTA EDICION.—1605: con privilegio de Castilla, Aragon y Portugal: en Madrid, por Juan de la Cuesta.

Viendo Cervantes ó su editor, que reimpriman la obra en Lisboa, debió pedir y obtener el *Albalá* de 9 de Febrero de 1605, que por vez primera se insertó en esta segunda edición de Madrid. Por eso, mientras que en la portada de la primera (A) solamente dice *con privilegio*, en ésta se explica que era extensivo á Aragon y á Portugal. El sabio y discreto Hartzenbusch advirtió tal diferencia, que, luego confirmó con varios pasajes de la obra en que coinciden las ediciones A, B, C y discrepa la D. Los entendidos bibliógrafos D. José María Asensio y D. Pedro Salvá, corroboran esta opinión: el uno en sus *Observaciones sobre las ediciones primitivas del Quijote*, publicadas en el número 35 de la *Revista de España* (Madrid-1869), y el otro en el tomo II de su *Catálogo*, estampado en Valencia en 1872. Tengo por indudable que esta cuarta edición (ó sea segunda de Madrid), fué la que consideró como *primera* la Academia Española para las publicaciones corregidas que dió á la estampa en el siglo XVIII, y una de las cuales es la citada de 1787. La inserción del *Albalá portugués*, que no se hallaba en la *primera*, es prueba concluyente de ello. En cuanto á la omisión del *testimonio de las erratas* (tres eran y no más), entiendo que la Academia lo suprimió, juzgándolo documento de mala ó escasa importancia literaria. Creo que estas indicaciones bastan para explicar la causa de las divergencias que señala el escrito del Sr. Mogatar.

Y ya con la masa en las manos, notaré otras dos copias impresas del Ingenioso Hidalgo:

(E) QUINTA EDICION.—1605: en Valencia, por Pedro Patricio Mey.

(F) SEXTA EDICION.—1605: idem, idem. El discreto bibliófilo D. Manuel Cerdá, opina (y su voto es de mucho peso), que estas ediciones valencianas deben colocarse en *cuarto* y *quinto* lugar, dejando para el último, ó sea el *sexto*, la segunda de Madrid que lleva la marca (D) en estos apuntes. (Véase la *Crónica de los Cervantistas*—número 4.—Cádiz 1872).

Desechando, mientras pruebas más claras no lo confirman, la existencia de las dos impresiones del año 1605 que se suponen estampadas en Pamplona ó Barcelona la una y de Lisboa la otra, nos quedan seis perfectamente auténticas é indudables. Cinco de ellas pueden examinarse en la biblioteca de Salvá, que para hoy en el palacio del opulento bibliófilo Excmo. Sr. D. Ricardo de Heredia (Madrid), en poder del bizarro y generoso Gallangos se halla la sexta, que es la marcada (G) en nuestra nota. Creo que no sería infructuoso el trabajo de repasar tales volúmenes, dando á la estampa una monografía en la cual se fijase el orden cronológico de estas publicaciones, indicando al mismo tiempo si en España se ha dado el caso de reimprimir por *seis* veces otro libro durante el corto período de un año.

Si á usted no le satisface la anterior respuesta, échese la culpa á sí mismo por haber recurrido á juez incompetente, pero que se halla honrado con la cortesía de usted, á la cual debe atribuirse el erróneo juicio que ha formado de mi capacidad y de mis conocimientos. No son estas, Sr. D. Sancho, palabras de buena crianza; no señor, que mi carácter peca de áspero y bronco, más bien que de fino y cortés. En tiempos pasados tuve la pretensión de ser, no miembro académico (¡libreme Dios!) sino soldado de fila en la mesnada Cervántica; pero llevo ya bastante tiempo de hallarme con la licencia absoluta y exento de todo servicio. No dudo que el movimiento cervantófilo español ha producido y produce algo bueno; pero creo que necesita de un freno ó regulador que temple y modere tanto entusiasmo. La mayor parte de las actuales fiestas, son fiestas de relumbron; muchos de los versos, son versos de oropel y varios de los escritos, son escritos de hojarasca. Parece que algunos de los llamados cervantistas, van con la idea de brillar ó de lucirse, más bien que con la de honrar la memoria del buen manco de Lepanto. Me quieren parecerá esas damas que convierten el luto ó el hábito de Dolores, no en señales de pena ó penitencia, sino en un medio más de acicalarse y de llamar la atención por lo vistosas, galanas y elegantes.

Gran torpeza ha cometido usted, señor mío (y perdone usted que se lo diga claro y sin rodeos), en hacerme su pregunta en prosa y con un tercio del escrito en lengua portuguesa. ¿Quién habrá leído el artículo de usted tejido con semejante urdimbre? ¿Por qué no me lo dirigió usted bajo la forma de soneto? En tal caso le hubiera respondido á usted con un par de madrigales, y quién sabe si usted y yo nos encontraríamos laureados y hasta metidos de hoz y de coz en el templo de las musas. O si esto no pasaba, hubiésemos al menos tenido lectores, y no que ahora, según sospecho, usted solamente será mi público, y yo tan solo habré sido el público de usted.

Creo usted que si tuviese alguna parienta á quien instituir por heredera de mi fortuna, añadiría en el testamento estas palabras:

“Item: es mi voluntad que si Mengana de “Tal mi sobrina, quiere casarse, se case con “hombre de quien primero se haya hecho in- “formación que no sabe qué cosa sea echar “humo en las narices de Cervantes, y en caso “que se averiguase que lo sabe, y con todo eso “mi sobrina quisiere casarse con él y se casa-

“re, pierda todo lo que le he mandado, lo cual “puedan mis albaceas distribuir en obras pías “á su voluntad.”

En este momento llega á mis manos una epístola del excelente amigo é ilustre cervantista D. Nicolás Diaz de Benjumea, y creo que algunos de sus contundentes párrafos vienen en esta ocasión como anillo al dedo: “Londres “18 de Mayo de 1877.... Si yo, dice, que muy “de tarde en tarde suelo leer algo de lo que “por ahí se escribe sobre el *Quijote* y Cerván- “tes, estoy hasta la punta de los cabellos, ¿qué “no pasarán ustedes que tienen encima tanto “rencejo? Pero, amigo mío, esas son las con- “secuencias: cuando se dá un gran golpe don- “de ha habido quietud, se levanta mucho pol- “vo y sale mucho insecto y sabandija. Hace “ya tiempo que ando tímido en esto de escri- “bir sobre mi favorito asunto, figurándome que “los que oigan, que son los más, y los que lean, “que son los menos, me comprendan en el “monton de los majaderos á quienes si Cer- “vantes viviera, les rogaria hablasen mal de “él y desu *Quijote*, si querian decir de ambos “algo nuevo. Por esta razón tengo en cartera “escritos que tal vez no merezcan ese encier- “ro. Lo que más gracia me hace son los ani- “versarios de Cervantes, que van tomando “plaza de archi-cofrades para lucirse los her- “manos de la vara, mayordomos mayores, mo- “naguillos y sacristanes literarios, etc. Ganas “me están dando de salir con un escrito apa- “ga-cirios de tal virtud, que se les despegue “la camisa de las carnes ántes de tomar la plu- “ma. Pero creo que *ello de por sí*, como decía “el otro, irá concluyendo, en fuerza de verse “tanto tonto la cara en el espejo de la de sus “colegas.”

Perdone usted, Sr. D. Sancho, mi desahogo; reciba nuevas gracias por el favor que me ha dispensado con su discreto artículo, y crea que lo tiene y cuenta en el número de los buenos cervantistas, su afectísimo y jubilado colega q. l. b. l. m.,

EL DOCTOR THEBUSSEN.

Tánger y Mayo 24 de 1877 años.

LITERATURA FRANCESA.

LA MADELEINE DE TITIEN

DE LA

GALERIE PEDRE DAUPIAS (1)

Nous voici devant un vrai chef-d'œuvre, d'un des plus grands maîtres, et d'une des plus grandes écoles. De toutes les toiles de la galerie Pèdre Daupias, aucune ne mérite plus d'être signalée au public.

Il y a quatre ans, Mr. Daupias acheta à Lisbonne une certaine quantité de tableaux, dont quelques uns étaient remarquables, entre autres une Madeleine attribuée à Ribeira.

Les Ribeiras ont un grand crédit dans la Péninsule. Les marchands de tableaux, les amateurs voient partout des Ribeiras. Pourvu qu'une toile non signée, ou mal signée, offre des tons noirs, ou seulement des teintes sombres et douloureuses, on vous la présente comme un Ribeira, un Ribeira authentique, et il n'est pas d'argument ingénieux qu'on ne trouve, sans mauvaise intention souvent et de bonne foi, pour soutenir l'idée qu'on s'est faite et que l'on veut communiquer à autrui.

La Madeleine dont il est ici question, fut donc vendue, comme un Ribeira, d'autant plus précieux, disait-on, que c'était une nou-

(1) M. Pèdre Daupias, un des plus riches manufacturiers du Portugal, possède à Lisbonne une galerie de tableaux anciens et modernes, et d'objets d'arts, qui a déjà sa place marquée en Europe.

velle manière du peintre, une incarnation jusqu'alors inconnue de son génie, et provisoirement, elle figura dans la galerie sous la rubrique accréditée.

Au commencement de cette année, Mr.***, ami de Mr. Daupias et artiste lui-même, ayant l'occasion d'étudier sa galerie, déclara tout d'abord que le tableau n'était pas de Ribeira. Le plein, la rondeur des chairs, la finesse des extrémités, l'opposition des tons, la distinction aristocratique, en quelque sorte, de l'expression, qualités éminentes, qui frappaient avant tout dans cette œuvre, ne permettaient pas de l'attribuer à l'auteur espagnol. Il y avait là sans doute la main d'un maître, mais d'un maître d'une autre école et d'une autre famille de génie.

La question était de savoir quel était ce maître. Les qualités que je viens de dire faisaient penser à Titien: c'était bien là sa manière de faire, cette vive opposition des noirs obscurs et des tons de chair; et puis il était difficile de ne pas reconnaître sous cette ample chevelure blonde, le portrait, le genre de figure, avec les mains, de ce modèle chéri par le maître et si souvent reproduit par lui, que les uns disent être la Duchesse de Ferrare, (1) et les autres sa première maîtresse, *Violante*.

Une preuve sans réplique devait confirmer les premières impressions de Mr.*** et les inductions qu'il en avait tirées.

Le tableau porte comme ornement une urne à cendres sur laquelle repose la main droite. Mr.*** se rappela tout de suite que le même ornement se trouve dans les Madeleines du Titien, spécialement dans celle du Palais Pitti à Florence, et fit mettre le tableau en pleine lumière pour l'examiner de plus près, et rechercher s'il présentait les mêmes caractères que ceux qu'il connaissait. Grandes furent sa surprise et sa joie, lorsque toute cette partie bien nettoyée et examinée à la loupe, lui laissa voir dans le soubassement de l'urne, les trois premières lettres de la signature du Titien, telle qu'elle se trouve à Florence! (2) On n'aperçoit distinctement que les lettres T, I, C; les autres se perdent dans l'ombre: mais ces trois lettres qui sont parfaitement visibles, parfaitement nettes, ne laissent aucun doute sur l'authenticité de la signature et par conséquent sur la réalité de la découverte de Mr.***.

Le tableau mesure un mètre de hauteur sur soixante treize centimètres de largeur. La figure, vue jusqu'à mi-corps, est de grandeur naturelle. Il n'y en a pas de plus belle parmi toutes celles où le pinceau du grand artiste s'est plu à représenter la courtisane repentante; et, de tous les maîtres qui ont traité le même sujet, je doute qu'aucun l'ait fait avec cette supériorité et ait touché d'aussi près à la perfection.

On sent tout de suite le grand prix de la Madeleine de la galerie Pèdre Daupias quand on la rapproche, de souvenir, des autres œuvres célèbres qui représentent la courtisane repentante et convertie de l'Évangile.

Voici,—et l'on ne peut pas prendre un exemple plus illustre—la Madeleine de Corrége.

Personne n'admire plus que moi cette œuvre superbe. Il n'est aucun de ceux qui ont vu l'original au musée de Dresde, qui n'en aient gardé dans les yeux comme un éblouissement, une réverbération lumineuse: ceux même qui ne la connaissent que par la gravure, en savent assez pour la proclamer une merveille. L'empreinte qu'elle laisse dans l'imagination est ineffaçable. C'est qu'il y a là l'effort d'un pinceau puissant, un exemplaire du beau qui est une magie, une fascination. Dans ce beau corps couché, dont la partie supérieure se relève inondée d'une lumière divine, on a sous

les yeux toute la splendeur de la vie corporelle, tout l'épanouissement et l'embellissement de la forme humaine, tel que le conçut le paganisme et tel qu'il fut retrouvé par la Renaissance. Le regard ne peut se détacher qu'avec une sorte de frémissement douloureux de cette large, opulente et splendide beauté, de cette gorge nue, de ces beaux seins si habilement éclairés, de ce diadème scindé de cheveux luxuriants dont une partie se détache sans s'égarer, de tout ce corps enfin, si admirablement modelé, si harmonieusement proportionné, dont l'artiste a fait saillir, de la nuque aux talons, toute la puissance plastique et sculpturale.

Mais est-ce bien la courtisane repentante que cela représente? Il est permis d'indouter. La petite urne placée à la droite de ce beau bras si fièrement et si coquettement relevé pour appuyer la tête est trop étroite pour contenir les cendres de plusieurs amours. La Madeleine de Corrége n'a pas besoin d'être pardonnée, car elle n'a pas trop aimé; le visage a trop de calme et de sérénité; les lignes en sont trop correctes et trop pures; cette gorge nue se gonfle avec une froideur trop superbe; ce n'est pas le repentir brûlant de la courtisane qui habite sous cette poitrine de marbre de Carrare. Ce livre, sur lequel s'abaissent ces tranquilles paupières qu'aucun pli ne froisse, n'est pas celui où le Fils de l'homme a rencontré la Pécheresse et l'a relevée de la poussière. Ce serait bien plutôt un roman, de ceux que M^{lle} de Scudéry devait écrire plus tard, où le péché se commet rarement et ne se répète pas.

Si j'insiste sur le parallèle, ce n'est pas dans l'intention d'ôter quoi que ce soit au mérite de Corrége pour ajouter à celui de Titien: c'est uniquement pour mettre chaque chose à sa place ou plutôt pour restituer à chacun son véritable caractère. Et, selon moi, quiconque voudra pénétrer dans la pensée intime d'une œuvre (comme j'essaye de le faire dans ces esquisses) pour lui trouver son titre et son nom, pensera sur celle du Corrége absolument comme moi.

Examinez bien; parcourez tout l'ensemble et tous les détails de ce beau corps et essayez de me démontrer qu'il y a là une Madeleine. Où y a-t-il trace de remords sur cette surface lumineuse et tranquille? Vous scrutez vainement l'enveloppe merveilleuse, vous la percez en vain de votre regard curieux; vous n'y découvrez pas même quelque signe précurseur de l'orage. L'orage éclatera-t-il un jour? Je le crois; il se cache sous la puissance musculaire de ces belles épaules, sous le marbre splendide de cette poitrine gonflée de vie; seulement il n'a pas encore éclaté, et par conséquent il n'y a pas à chercher les traces de son passage, ni les cicatrices de la foudre. Je veux bien toutefois avoir sous les yeux une Madame de Longueville, mais alors c'est Madame de Longueville avant La Rochefoucault et les Carmélites, avant la chute et le cilice.

Je passe à la Madeleine de Titien.

Une simple description montrera la différence des deux créations, des deux types, et marquera en même temps la place que doit occuper dans l'innombrable variété des Madeleines, celle de la galerie Pèdre Daupias.

Titien est un des maîtres de la Renaissance chez qui les facultés artistiques sont le plus merveilleusement équilibrées, qui allie le plus au sentiment profond de la réalité, la grande imagination qui s'empare de la nature en souveraine et l'interprète avec la fière liberté du génie. Ses figures sont presque toutes des portraits, et ces portraits sont des types où l'on retrouve toujours une idée, un caractère, et pour dire le mot, une âme. Grand coloriste, il se place au milieu de la nature, la fait passer avec sa lumière et ses couleurs sous vos yeux, la reproduit de manière à vous en donner l'illu-

sion, et en même temps il a une couleur à lui, des tons chauds, par exemple, qu'on ne trouve pas ailleurs, des clairs obscurs qui n'ont jamais existé, et qui sont vrais pourtant, un coloris idéal, expressif, trouvé par son imagination créatrice. La plupart de ses œuvres, surtout celles qui appartiennent à sa seconde manière, à l'époque où il est en pleine possession de lui-même, sont marquées de ce caractère: elles donnent la nature et l'embellissent; elles prennent à la réalité le motif que l'histoire ou la fable fournissent, et tout en lui conservant son caractère fondamental, y ajoutent, en le traduisant, ce qui est propre à l'artiste, et qui est comme la réverbération des choses dans son esprit, le rayonnement de la part d'idéal que le ciel accorde à ses élus. (1) Si j'osais employer ici le langage de la mythologie,—et pourquoi non, puisqu'il s'agit d'un temps où la mythologie régnait et gouvernait?—je dirais que la muse du Titien était fille de la terre et du ciel et que toutes les inspirations qu'elle lui souffle, décèlent cette double origine.

Cela est transparent dans la Madeleine de la galerie Pèdre Daupias, qui est une des meilleures et des plus adorables inspirations de cette muse.

La femme est auprès d'une table, où s'étale un grand livre fermé; une tête de mort grimace sur le livre. Une urne funéraire est aux pieds de la table. La femme, à demi penchée dans l'attitude de la méditation, a la main gauche étendue sur la tête de mort, qu'elle couvre presque jusqu'à la base du front, comme si elle voulait s'assimiler à elle, entrer dans le néant et l'embrasser. La main droite est légèrement appuyée, les doigts étendus, sur l'urne cinéraire.

La tête est remarquablement belle. Les lignes sont d'une correction assez rare chez Titien, les yeux grands, ouverts, le nez un peu long, la bouche et le menton d'une beauté vraie, réelle, et cependant presque aussi pure que l'antique. Toute la partie droite du visage est en pleine lumière; l'autre, qui s'appuie sur la main est dans l'ombre. Les chairs sont admirables de vérité et de ton. La tête de mort, effrayante de réalisme et relevée de cette teinte jaune terreuse des ossements longtemps enfouis, ainsi que le livre basané qui la supporte, se heurtent de tous leurs tons, avec une violence étudiée, aux doigts effilés, blancs et roses, qui sont pleins de vie.

La chevelure, épaisse et touffue qui tombe sur les épaules, est de ce blond vénitien, si fort à la mode dans le temps. La lumière y joue sur tous les points de saillie et y déploie la riche écharpe de ses reflets. Rien de merveilleux comme l'encadrement que fait à la figure cette nappe splendide de cheveux dorés, qui se détache d'une manière si sensible et si savante sur le fond du tableau.

Le vêtement est presque noir: il consiste en une robe d'un brun foncé, de bure commune, dont les manches serrent au poignet.

La figure, en harmonie avec la pose et l'attitude, exprime la douleur dans tous ses traits: elle ne pleurerait pas que les tortures de l'âme n'en seraient pas moins sensibles: mais elle pleure: des larmes qu'on dirait des perles échappées d'une source invisible et toute pure, coulent sur ses joues pâles. Le regard triste et profond plonge dans l'infini, qu'il semble interroger avec une inquiétude vague comme si la pénitente tremblait de ne pas y obtenir le pardon de ses fautes, d'y trouver à jamais fermé pour elle le trésor des miséricordes.

Mr. Charles Blanc, après avoir rappelé qu'on a dit des portraits du Titien qu'ils vo-

(1) Mr. Charles Blanc dit quelque part que Titien s'élève rarement à l'idéal. Je ne partage pas l'opinion de l'éminent critique, opinion que, non seulement je juge hasardeuse, mais que lui-même dément plus d'une fois quand il parle du grandiose et de la noblesse du pinceau de l'artiste.

(1) Laura Eustachio.

(2) Il signait *Ticianus* ou *Ticiano*.

yaient, parlaient et respiraient, ajoute que ce qui les distingue surtout, "c'est la vie intérieure, latente, la présence voilée de l'âme, l'éloquence de la pensée, le caractère." Eh bien! ce qui est vrai des portraits du grand Vénitien, l'est particulièrement de la Madeleine que nous étudions. La vie n'y éclate pas seulement par le coloris des chairs et des cheveux, par le rendu éblouissant des mains, par la vérité de la physionomie, où il est impossible de ne pas deviner un portrait: elle y éclate surtout par l'expression de l'âme, qui n'y est pas voilée, comme dit Mr. Charles Blanc des portraits du maître, mais toute transparente comme un diamant précieux qui serait renfermé dans un écrin diaphane.

Je ne puis me défendre, dans mon désir de faire pénétrer au dedans de cette âme, contre le souvenir de Madame de Longueville, qui me revient encore.

Plus j'examine et contemple cette Madeleine où le repentir, si grave et si profond qu'il soit, n'a pas ôté à la physionomie le charme suprême, où l'enchantement demeure encore auprès de cette tête de mort sinistre, où le rayonnement de la beauté physique se devine et perce en quelque sorte les voiles redoublés qui l'enveloppent, plus je me persuade de la vérité du rapprochement. Cette Madeleine est bien une pénitente, mais ce n'est pas une courtisane; c'est une repentante, non une *repentie*, une pécheresse aristocratique, une âme revenue du monde, comme on dit dans le langage de l'Eglise, qui a commis quelque grande faute, non la récidive, où il y a contrition profonde, non lassitude.

Voyez, je vous prie, ce noble visage, gravement penché sur ce crâne livide, ces belles et blanches mains posées sur ces symboles du néant de la vie qu'elles embrassent, ce front et ces yeux pleins de pensées; et dites-moi si vous n'avez pas là sous votre regard ravi une âme profondément pénétrée du sentiment de la vanité des passions humaines bien plutôt que torturée des remords qu'elles peuvent laisser après elles. Oui, cette belle patricienne s'est égarée sur l'océan des plaisirs du monde; elle a échoué; elle est encore toute trempée du naufrage; mais la nacelle brisée n'avait pas reçu de honteuses joies. Je le répète, il y a chez la naufragée repentir plutôt que remords, retour à l'amour divin plutôt que souvenir cuisant de longues et nombreuses amours. C'est la noblesse de son âme, qui, grandissant aux yeux de la pécheresse le *crime* de la tempête et du naufrage, l'a fait chercher le port, où, si elle n'y trouve pas l'oubli du passé, ni la tranquillité et la paix, elle espère rencontrer du moins, au milieu des austérités et des mortifications, la dignité un moment séduite et perdue.

Nous sommes bien loin ici de toutes ces Madeleines abandonnées, pantelantes, se traînant dans la poussière, qui exhalent par des moyens vulgaires le regret de vulgaires amours, et loin aussi de cette merveille du Corrège, où rien ne révèle des assauts répétés, et qui semble plutôt prête à se mettre en mer que meurtrie de la traversée.

Quand nous ne saurions pas d'autre sorte, que nous avons en face de nous une Madeleine de Titien, cela suffirait pour nous faire reconnaître le génie de ce grand peintre, qui affectionnait, même dans la peinture de la volupté, les types calmes et majestueux, et dont on a pu dire que ses Bacchantes, ses Vénus, ses Danaës, sont presque chastes dans leur abandon.

Bien que dans l'œuvre immense de Titien, où l'on ne compte pas moins de six cents pièces, le sujet de la Madeleine soit revenu bien des fois, on n'en connaît guère aujourd'hui que quatre, celle du Palais Pitti, celle du musée de Milan, et celles des galeries Bridgewater et Lansdowne à Londres. La galerie Pè-

dre Daupias en renferme une cinquième. Je ne connais pas les Madeleines des galeries de Londres; mais je doute qu'aucune d'elles soit supérieure à celle dont nous avons essayé de faire la description et de déterminer le grand et beau caractère.

T. T. STEENACKERS.

Lisbonne.

LA FLOR DEL CEMENTERIO.

(CONTINUACION.)

CAPÍTULO IV.

Tipos del día.

¿No habeis pensado nunca, lectores míos, en que existe una gran analogía, una correlación simpática en las propiedades de todos los seres y de todas las cosas, sea cualquiera el reino á que pertenezcan, la especie de que procedan, ó la misión que cumplan sobre la tierra?

Seguramente que sí!

Nada más pintoresco, más divertido y más instructivo, á un tiempo, que ese estudio á través de la naturaleza, en el cual, despojando al ser privilegiado de los atributos de que el Creador ha querido adornarle, puede mirarse tal cual es en su estado primitivo, cuando la civilización no ha envuelto en el suave barniz de una apariencia agradable sus instintos y defectos.

¿No encontráis una asombrosa semejanza entre un tipo de nuestra sociedad y un ave de las más notables del reino animal?

Hablamos del *buen mozo* y del *pavo real*.

Generalmente el *hombre hermoso* no es más que un busto admirable, una de esas obras que, según el *esprit* francés, Dios hace en un momento de buen humor. Pero por lo mismo que es obra de lujo, como si dijéramos superflua es tan perfectamente inútil como el ave que le comparamos.

Estudiémosle del natural para no cansar á nuestros lectores con digresiones inconvenientes, y al mismo tiempo tendremos ocasión de estudiar otros tipos no menos interesantes.

—Quién es aquella señora cubierta de brillantes? preguntaba Luisa Ochoa á su amiga Julia, señalando con la mirada á una mujer joven y bella, adornada en efecto con ricas joyas, que ocupaba un palco en el *Gran Teatro*.

—Mi hermana, contestó Lutgardo Arce con enfática entonación.

Luisa dirigió en silencio sus gemelos hácia aquella dama.

—Es muy bella, dijo.

—¿Quién? preguntó un jovencito que acababa de llegar y saludaba en aquel momento á Luisa.

—La hermana de Lutgardo.

El joven siguió la dirección de la mirada de Luisa, y dijo con extrañeza:

—¡La hermana de Lutgardo no está ahí!...

—¿Cómo! exclamó Luisa con asombro: ¿no está ahí! Si acaba de decirme el mismo.

Ernesto Vargas, así se llamaba el *gomoso* que lucía todos los atributos de tal; es decir, el pelo en la frente; el cuello abierto; los botoncitos microscópicos y la doble cadena formando dos pabellones sobre su descotado chaleco, tomó con la confianza con que hubiera podido tomar su sombrero, los gemelos que Luisa tenía en la mano, y comenzó á mirar con atención á todas las damas que ocupaban los palcos de aquel lado del teatro.

—Repito que Luz no está ahí!... afirmó.

—Lutgardo! dijo Luisa, ¿no me ha dicho V. que es su hermana aquella señora adornada con brillantes? Ernesto sostiene que no.

Lutgardo que estiraba sus guantes y sacaba los puños de su camisa, como si no tuviera nada mejor que hacer, contestó con calma:

—¿Qué dice V? No he entendido lo que me preguntaba.

—Pues me gusta! murmuró impaciente Luisa, ¿no me ha dicho V. que su hermana...

—Ah!... No ha venido!... No está buena.

—¿Cómo que no ha venido! Exclamó Ernestito con voz de tiple: está en los palcos que no podemos ver por estar sobre estas plateas... Precisamente la he saludado yo desde las butacas...

—Ah, sí!... Puede ser! dijo Lutgardo.

—¿V. le pasa algo, no hay remedio!...

Luisa, al decir esto, se reía muy de corazón.

—De qué te ríes? preguntó Julia.

—De Lutgardo!

—Ah!...

—Figúrate que no sabe quién es su hermana!...

—Y V. tiene la culpa de ello! murmuró por lo bajo Lutgardo.

—Yo! dijo Luisa enrojándose y mirando á Lutgardo con interés y curiosidad. Yo!

—V., sí, porque no tiene compasión de mí, porque ve que la adoro y desprecia mi amor, porque me vuelve loco con su indiferencia.

Luisa que había palidecido y sentía una vivísima agitación, miró con inquietud al grupo que formaban Julia, el *gomoso* y un señor anciano á quien Julia llamaba D. Antonio, y murmuró con voz trémula:

—Calle V. por Dios! Si le oyeran!

—Y bien! contestó con presunción Lutgardo, es acaso un crimen? Qué importa que lo oigan!

Luisa miró á Lutgardo con miedo, pero lentamente aquel sentimiento fué transformándose en interés, y sus ojos expresaron algo del sentimiento de su alma, porque una sonrisa de triunfo se dibujó en los labios de Lutgardo.

Antes de seguir adelante es fuerza que intentemos hacer su retrato, para que el lector comprenda las primeras líneas de este capítulo.

Jamás una figura más hermosa encubrió una nulidad más grande en sentimientos é inteligencia.

Lutgardo era alto y de gallardas proporciones como las estatuas de la antigua Grecia.

Su frente blanca, noble, elevada, se cortaba en una línea perfecta por sus cabellos negros, suaves y sedosos como los de un niño. Sus ojos pardos tenían una mirada atractiva y dulce; verdadera mirada de serpiente que fascina, no por el espléndido reflejo de la inteligencia, que no brilla en ella, sino por una especie de gracia acariciadora que la hace irresistible.

Su nariz tenía el perfil recto de un busto romano, y su boca era lo más perfecto que ha podido soñarse para adornar una varonil belleza.

Sus labios finos se entreabrían con una sonrisa llena de gracia, de indiferencia y de pasión; si es que puede asegurarse que se unan estos distintos efectos para producir un resultado tan encantador.

Su barba negra, fina y sedosa, parecía dibujada con los suaves tonos del lápiz de Fortuny, expresamente para sombreadar algún tanto aquella hermosa cabeza, de perfil correcto, de perfectas líneas y de aspecto arrogante.

Las manos y los pies de Lutgardo, esa señal de buena raza, que decía Dumas, eran, si no un modelo de forma aristocrática, una prueba de belleza plástica, pues el cincel de Fidias, moldeando un bloque de perla, no hubiera podido hacer una mano más hermosa.

Unid á esta figura el carácter indolente y apasionado que distingue á los hijos de Andalucía; la mirada insistente y burlona; la sonrisa *habladora*, no encontramos otra frase para definir esa sonrisa que tantas cosas dice; la voz insinuante, halagadora, y esa palabra viva, exagerada, salpicada de imágenes, de símiles, de hipérboles, que, seriamente analizada, es una especie de velo de hojas de rosa y polvo de oro que oculta un vacío, pero que sin exámen, y dejándose arrastrar por ella, es una cascada brillante en donde perlas y flores ruedan confundidas produciendo una armonía.

Tal era en lo exterior, en lo que podía juzgarse á la simple vista, Lutgardo Arce, en cuanto á su interior tiempo tendremos de conocerlo.

No es de extrañar que Luisa al mirarle sintiese una especie de fascinación, que es propiedad de la belleza inspirarla. Luisa no le conocía y creía conocerle: creía adivinar que bajo aquella magnífica frente, digna de llevar una corona, palpitaba un pensamiento noble y altivo; que aquella sonrisa, que de tal modo le embellecía, era el reflejo de un alma delicada...

Luisa se engañaba, y preciso es conocer que esos *caprichos de la lengua* que llama Selgas, contribuían á su engaño, porque la pobre niña había oído muchas veces que *la cara es el espejo del alma*, y nunca un rostro humano había visto como el de Lutgardo, digno de copiar los más nobles sentimientos.

—Es que se avergüenza V. de mi cariño?... prosiguió Lutgardo gozando en aumentar la confusión de Luisa.

—Es que yo no puedo creer en ese cariño, suspiró más que pronunció Luisa.

—Pídame V. pruebas, mi sangre, mi alma, mi vida...

—Lutgardo! dijo Julia riendo, quiere V. dejarnos oír á la que canta!...

—No vale la pena, dijo tranquilamente Lutgardo: se hace un bien á la estética y al sentimiento artístico no escuchándola!

—Por qué?...

—Porque eso no vale nada! Ni voz, ni gusto, ni escuela... Nada!...

—Estas afirmaciones de Lutgardo, son más radicales que los manifiestos de Ruiz Zorrilla, murmuró en voz queda Ernesto!

—Porque sé lo que digo y tengo seguridad de poder

afirmarlo. ¿Vd. cree que la Marini canta bien?...

—No es una Patti, pero su voz...

—Bah!... dijo Lutgardo con una voz en que entraba por tanto la presunción como la grosería, Vd. no entiende de eso!...

El gomo, á estas palabras que se le lanzaban bruscamente al rostro, se puso encarnado como una doncella al oír la primera frase de amor; Luisa bajó los ojos, y Julia lanzó una carcajada que hizo volver la cabeza á las personas que ocupaban el palco vecino.

—No se ofenda Vd. Ernesto, cuando Lutgardo asegura una cosa; lo mejor que se puede hacer es creerlo, dijo Julia.

—Y tanto! afirmó éste.

—Es que yo, señora, murmuró Ernesto!...

—Vamos, vamos, confesemos de buen grado que la Marini no canta bien!...

—Pues á mí me parece, insistió Ernesto!...

—Luisa, dijo Julia como si quisiera á todo trance cambiar la conversacion, déjame tu sitio, que quiero ver de frente á la Marini.

Luisa, que ocupaba el sitio preferente del palco, se levantó en silencio y ocupó el lugar de Julia.

Esta sentóse junto á Lutgardo, y dirigiéndole una sonrisa comenzó con él una conversacion en voz baja, en que las risas, las miradas, las palabras que por acaso se oían, denotaban una gran intimidad. Luisa procuraba en vano prestar atención á la música... su alma y sus sentidos estaban pendientes de aquella conversacion que no lograba comprender.

Las miradas de Lutgardo tenían para Julia la misma expresion acariciadora, su sonrisa era igualmente expresiva!... Diríase que no sabia mirar ni sonreír de otro modo!

Luisa sufría un tormento del cual no podia darse cuenta...

En vano Ernestito la explicaba el argumento de la ópera con frases que para hacer más claras pronunciaba casi en francés y casi en italiano!...

Luisa no le oía... Si por acaso se fijaba en él, aquella fisonomía afeminada, con el cutis fino como el de una mujer, el pelo formando una ancha punta en la frente, las manos sin guantes, y las miradas tímidas y contenidas formaban un contraste tan enérgico, tan notable con la belleza varonil y majestuosa de Lutgardo, que sus miradas se detenían en éste, como se detiene una mariposa sobre la rosa erguida, sin cuidarse para nada de la violeta.

Lutgardo, por su parte, no se apercibía de la atención de que era objeto. Hablando y riendo con Julia parecía haberse olvidado de todo lo demás.

Julia, absorbiendo esta atención, saboreando su triunfo, paseaba sobre Luisa una mirada de orgullo satisfecho que iluminaba la maligna expresion de su fisonomía.

Y en verdad que nos hemos olvidado de presentarla á nuestros lectores, y éstos están en su derecho diciéndonos que no la conocen.

Vamos á salvar este olvido.

Julia era una de esas mujeres que se ven á cada paso en sociedad, que no tienen ningún rasgo distintivo, y que sin embargo forman un tipo especial.

Pertenecía á la clase media y habia sido enriquecida por un casamiento de *razon*, como se llaman por antonomasia á los que se llevan á cabo sin que el amor los justifique.

Su marido, de una edad avanzada, la dejaba obrar en libertad y gastar á su capricho, utilizando ella esta licencia ilimitada para ostentar ese lujo vulgar y recargado que tan mal gusto revela.

Su figura estaba perfectamente en armonía con su manera de ser: morena, con ese moreno pálido que revela un temperamento nervioso y sensual; con ojos y cabellos negros, rostro ovalado, mediana estatura y redondas formas, no habia un solo rasgo en su fisonomía, ni una sola línea en su cuerpo que revelase distincion.

En la noche en que la damos á conocer á nuestros lectores estaba ostentosamente vestida con uno de esos trajes combinados de dos colores, que han sido inventados, sin duda, para hacer la desesperacion de las mujeres vulgares, las cuales jamás pueden acertar con los tonos que se unen suavemente y eligen los más desgraciados efectos; algunas joyas cuyas piedras no revelaban muy elevado origen, y ese provocativo rizo en la frente que suelen llevar las mujeres del pueblo, completaban su adorno.

En la mirada vanidosa y satisfecha que paseaba por todo el teatro; en la manera de ahuecar su falda para que sobresaliese de la barandilla del palco, en el minucioso cuidado con que arreglaba sus lazos y flecos, se comprendía que era la primera vez que lucía aquel traje, que le habia costado mucho dinero, y quería á todo trance que llamase la atención.

La compañía de Luisa, modestamente vestida; sencillamente peinada; con los cabellos rubios casi sueltos por

su espalda, y la mirada tímida y cobarde, tenia que hacer brillar la mirada provocativa, el traje vistoso y el complicado adorno de su peinado; y para provocar este contraste, sin duda, buscaba de continuo á la sencilla joven, que la creía su mejor amiga y le agradecía muy de corazon sus preferencias.

Algun tiempo hacia que Lutgardo y Julia hablaban en voz baja, cuando esta última, con acento burlon, preguntó á Luisa:

—¿Qué tienes? Te entristece la música?

—No, contestó ésta comprendiendo por instinto lo ridículo que era demostrar su dolor; no, pero me gusta oír en silencio!...

—A menos que no te hable Lutgardo!...

Luisa se ruborizó, contuvo con un esfuerzo poderoso las lágrimas que pugnaban por subir á sus ojos y contestó, procurando aparecer serena:

—Cuando me hablan escucho!...

—Pues Ernesto te habla hace rato y no le contestas.

—Luisa está distraída... añadió Ernesto.

—Lo que estoy es enferma esta noche, murmuró la pobre Luisa con voz alterada.

—Enferma! Dijo Lutgardo que miraba con indiferencia á las señoras de los palcos próximos, no diga Vd. eso si no quiere que enfermemos de pena cuantos aquí estamos!...

Luisa le miró en silencio: en su mirada habia una viva expresion de tristeza, y un reflejo más vivo aún de simpatía; no sabia si agradecer las palabras de Lutgardo ú ofenderse de ellas.

—¿Qué tiene Vd?... preguntó éste ocupando un asiento próximo á Luisa, será que la ha constipado la frialdad de su corazon?... Y al decir esto se quitaba lentamente un guante, revolvía como maquinalmente una sortija en que se engastaba un grueso brillante, y dejaba su mano, blanca y suave como la de una dama, sobre el pantalon negro que la hacia destacarse como si fuese de mármol.

—Ó la de otros, dijo Luisa.

—¿Qué niñería!...

Ernestito se levantó, se despidió y salió.

Julia comenzó á mirar á todos lados, y como si la ópera se le hiciese insoportable, bostezó ligeramente, contempló el paisaje de su abanico y al fin dijo con languidez:

—Vámonos Luisa, porque decididamente la Marini canta muy mal!...

Al decir esto miró á Lutgardo, que sonrió satisfecho.

Una de las pretensiones de los necios es que todo el mundo apruebe y apoye sus opiniones.

Su vanidad no sufre la menor contradicción.

—Mi coche no ha venido, dijo con indolencia Lutgardo, de otro modo lo ofrecería á Vds.

Julia se echó á reír.

—No hay necesidad, dijo alegremente, vivimos cerca!... Don Antonio acompañará á Luisa!...

—Con mucho gusto, contestó levantándose aquel inútil personaje de quien nos habiamos olvidado á semejanza de los demás.

Lutgardo tomó el abrigo de Julia y la ayudó á ponerse, y en tanto que se inclinaba para desenredar sus flecos, Julia le dijo á media voz:

—Hasta mañana.

Luisa oyó estas palabras, y una viva impresion de impaciencia se reflejó en sus ojos.

—Mañana se verán! murmuró la pobre niña.

Y al recibir su abrigo, que tambien Lutgardo le presentaba, dijo, acaso instintivamente, ó respondiendo á su preocupacion:

—Hasta mañana!

—¿Dónde? preguntó indolentemente Lutgardo.

—En casa de Julia!...

Lutgardo se inclinó, dió el brazo á Julia que ya se impacientaba, y salió con ella.

D. Antonio ofreció el suyo á Luisa y murmuró al salir:

—Um!... Es muy buen mozo este Lutgardo, pero el juicio que tiene no vale un *perro chico*!... Sin embargo, vea Vd., no sé por qué todas las mujeres le hacen caso!... No hay pícaro que no tenga suerte!...

(Continuará.)

PATROCINIO DE BIEDMA.

Correspondencia del CÁDIZ.

Sr. Conde de las Almenas.—Madrid.

—Muchas gracias, amigo mio, por su promesa.

Es verdad, el CÁDIZ no hace política, pero V. hace lindísimos artículos que no son políticos y los publicaré con muchísimo gusto. Le repito las gracias, tanto por la promesa de su segunda carta, como por sus ofrecimientos de la primera.

D. T. Guerrero.—Madrid.

—Agradezco infinito el libro, que es precioso.

Espero el segundo capítulo ofrecido. Dispense las erratas del primero; en aquellos días estuve algo enferma y descuidé involuntariamente la correccion.

D. R. Sepúlveda.—Madrid.

—Sus preciosos versos y su libro, me han sido muy gratos. Espero que cumpliendo sus promesas no olvidará mi CÁDIZ, que se envanece de sus elogios.

D. F. de Leon y Castillo.—Madrid.

—La honra es mía al engalanar mi revista con su nombre. Espero que encuentre ocasion entre sus ocupaciones, de recordar que me ha prometido escribir algo para ella.

D. L. de Moya.—Madrid.

—Mucha agradezco sus amables ofrecimientos, que es timo en cuanto valen, y que utilizaré con mucho gusto. Tanto nuestra querida *Gracielle* como Vd., saben que disponen de mi amistad y de mi publicacion.

D.ª Julia de Asensi.—Madrid.

—Gracias, amiga mia, por sus poesías y sus ofrecimientos, que me son igualmente gratos. Tanto Vd. como su hermano tienen el CÁDIZ á su disposicion.

D. M. Pavía, Teniente General.—Madrid.

—Queda Vd. suscrito. No olvide Vd. que sus noticias son siempre gratas á la Directora del CÁDIZ.

D. R. Cabrera.—Madrid.

—Me han avisado tu suscripcion que te agradezco mucho.

D. J. M. Castelló.—Jaen.

—No he recibido el artículo de que V. me hablaba.

Sres. Libreros y Editores de Madrid.

—Muchas gracias por sus elogios á mi revista y propaganda de ella.

Mr. F. F. Stheenackers.—Lisboa.

—Recibido el artículo; espero que escriba algo *ad-hoc* para mi CÁDIZ.

D. J. Miró.—Jerez.

—Gracias por su galantería con la mujer y su atención con la escritora; espero sus trabajos con mucho gusto.

D.ª E. C. de Quintero.—Lugo.

—Muchísimas gracias por los preciosos originales que me envía y la traduccion hecha por su bella hija, á la que envío un cariñoso beso. Acepto sus ofrecimientos y yo á mi vez le recuerdo mi amistad, y donde tiene su nueva casa.

D. A. G. M. Leon.—Jerez.

—Queda Vd. suscrito. El CÁDIZ no tiene Director, sino Directora. Gracias por sus elogios.

D. J. Pando y Valle.—Villaviciosa.

—Agradezco su colaboracion y propaganda, como asimismo sus amables elogios á mi romance *Escenas andaluzas* que publica *El Campo*.

D.ª E. de Ormaeche.—Bilbao.

—Me juzgas, querida mia, con el corazon, y por eso encuentras bellezas donde acaso sólo hay defectos.

No dejes de escribir para el CÁDIZ.

Agradezco mucho tus observaciones.

Es verdad que las familias que al CÁDIZ se suscriben lo hacen bajo la garantía de mi nombre, pero ellas deben fijarse en que la publicacion ofrece tratar de *artes, letras y ciencias*, y por lo tanto es completamente neutral é indulgente. Jamás consentiré que se ataque en él la religion que he defendido con mi pluma, que es la luz de mi alma, y por la que daría mi vida, pero como esta revista no es una publicacion doctrinal, siempre que en un trabajo científico ó literario no haya una ofensa á la religion, será admitido en él. Dignísimas publicaciones hay encargadas de dilucidar cuestiones dogmáticas y religiosas; permítase á la mia ser exclusivamente científica y literaria, sin que por eso ni Directora ni Redactores dejen de conservar sus ideas y su fé.

D. A. Moreno Espinosa.—Cádiz.

—El CÁDIZ está á su disposicion, y sus recomendados son siempre bien recibidos en él.

D. R. L. Mainez.—Cádiz.

—Gracias por su original, que publicaré.

D. M. G. Iquino.—Cádiz.

—Me ha sido imposible publicar una poesia en que se me tributan tan exagerados elogios, que no merezco.

Mil gracias por ella.

D. J. E. Hartzenbusch.—Madrid.

—He recibido con tanto respeto como gratitud su carta, toda autógrafa, que guardaré siempre como un valiosísimo recuerdo del Príncipe de nuestros escritores.

Grande es mi pena al leer que ya no puede escribir, y que cree morir pronto.

Dios no lo quiera, y nos conserve largos años al que de tal modo ha sabido unir las virtudes del hombre á los méritos del literato. Conservaré los artículos que me envía, y aprecio en cuanto vale la delicadeza que demuestra al no querer que se publiquen aquí, pues, tiene *razon*, muchísima *razon*, cualquiera comprende que puede decir más y no lo dice, por generosidad y benevolencia, añadiré yo.

Puesto que ha dejado la pluma *para siempre*, habré de contentarme con publicar algunos de sus trabajos que ya

tuviese hechos: pues me parecería dejar huérfana á mi revista, si faltase en ella el nombre ilustre y respetable que es gala y corona de las letras españolas. Siento muy de corazón la desgracia de familia que me anuncia, y crea usted que una sola palabra suya, aunque se me ofrezca como *inútil*, tiene para mí más valor que todas las que se me dirijan, porque en Vd. respeto la triple soberanía del sabio, del anciano y del hombre honrado, condiciones que inspiran tan cariñoso respeto como profunda admiración.

D. Eugenio Hartzenbusch.—Madrid.

—Mil gracias por su precioso libro. Ya que su ilustre padre no puede escribir más, espero que V. me favorezca con su colaboración.

D. L. Vidart.—Madrid.

—Recibo las preciosas poesías con que honra al CÁDIZ y le doy mil gracias esperando el artículo en prosa que me anuncia. Los libros que he recibido suyos son: *Versos*, y los lindos dramas *Cuestión de amores* y *Pena sin culpa*.

Espero los que me dice con mucho interés y ese *Estudio*, que ahora escribe.

Haré que le lleven los libros míos de que haya ejemplares.

Doctor Thebussem.—M. S.—Tánger.

—Mil gracias por sus interesantes originales que publicaré lo más pronto que me sea posible.

D. C. Frontaura, Gobernador civil.—Salamanca.

—Mil gracias por sus frases de elogio al CÁDIZ y por sus promesas, que le honran; su modestia no le permite ver que su distinguido nombre es uno de los *notables* de que me habla.

D. F. Herran.—Vitoria.

—Mucho me alegro que digan por ahí que el CÁDIZ es un monumento del periodismo español, y si acepto con gusto los elogios que se le dirijen, es porque yo soy la primera en admirar el talento de los que le honran con su colaboración, pero de ningún modo puedo aceptar los que se dirijen á su Directora.

Así pues, cedo voluntariamente á mis colaboradores esas coronas ideales que la buena amistad, más que la justicia, me ofrecen. No olvido, pues no se olvida lo que honra, que pertenezco á esa Academia, la cual cuenta siempre con mi pluma y con mi gratitud.

D. R. Ginard de la Rosa.—Madrid.

—Mil gracias por las poesías. Dispénseme si aún no le he enviado las biografías, que irán lo más pronto que me sea posible.

El CÁDIZ se habrá extraviado en correos. Doy orden de que se le duplique.

D.ª M. de Torre-Pando.—Madrid.

—Mil gracias por tu cariñosa felicitación que tanto vale. Asquerino es un buen amigo que me juzga con mucha indulgencia: dále las gracias por mí, y dile que hay en Cádiz quien le recuerda con mucho gusto.

D. M. C. Gimeno.—Madrid.

—Tienes razón, y las pruebas de tu cariño me son gratísimas. Recibo con gran placer la noticia de la colaboración de Virginia: hazme el favor de agradecerle en mi nombre su bondad.

Varios periódicos de Andalucía se ocupan con merecido elogio de tu libro *La mujer española*: no ví en él donde se vende: sólo pude decir que en Madrid, en las principales librerías.

Sra. Duquesa de Medinaceli.—Aranjuez.

—Mil y mil gracias por su valioso apoyo y sus promesas. El CÁDIZ se honrará en publicar el retrato de la más bella de las andaluzas, y lo espero con impaciencia, sin atender á las razones de su modestia.

D. F. García Caballero.—Sevilla.

—El talento y la amabilidad se suelen unir para formar un todo completo, y de ello es buena prueba su carta. Acepto y mil gracias; vengan esos originales que siempre serán tan bellos como los que van premiando por *todo el mundo*.

D. J. Pando y Valle.—Oviedo.

—Gracias por los originales, por sus elogios y por la poesía que me dedica; está agotada la numerosa edición que se hizo de los números 1.º, 2.º y 3.º; se ha rogado á los señores que no deseen la suscripción, que devuelvan los números recibidos; si se siguen recibiendo pedidos, y no devoluciones, se hará una segunda edición y entonces se lo podrá complacer.

P. DE B.

NOTICIAS.

Con gran solemnidad tuvo efecto la festividad del *Santísimo Corpus Christi*, si bien, según hemos oído, con menos concurrencia que otros años. La Custodia, que es una hermosísima obra de arte, de gran valor intrínseco y de notable forma, puede enorgullecer con justicia, así como su historia, al culto y religioso pueblo gaditano.

La carrera estaba adornada con gusto y sencillez.

Las bellas gaditanas brillaban en ella como las flores que la matizaban.

En los balcones del Ayuntamiento se veían muchas elegantes damas, que fueron obsequiadas al terminar la procesión con dulces y refrescos.

Como nuestra Directora se encontraba allí, nos limitamos á dar las gracias á nuestro galante Alcalde por su invitación.

El día 4 ha tenido lugar la apertura de una casa de socorros que los Caballeros hospitalarios de San Juan han establecido en el barrio Extramuros de esta capital.

Una distinguida concurrencia asistió al acto; tan loable como útil creación es digna de todo elogio. Damos las gracias al *Consejo provincial de los Caballeros de San Juan* por su atenta invitación.

Con muy buen éxito ha venido actuando en el teatro *Principal* la compañía de *opereta cómica y verso* que dirige el Sr. Maurici. Los distinguidos artistas que la forman han logrado atraerse las simpatías del público con el notable desempeño de sus respectivos papeles, especialmente el Señor Maurici y la Sra. Papadópoli, que obtuvieron un legítimo triunfo en la noche del beneficio del Sr. Maurici.

Es de sentir que se detenga tan corto tiempo en Cádiz una compañía que, á pesar de luchar con el inconveniente del idioma extraño, de tal modo ha sabido agradar.

Desde el presente número comenzamos á dar una sección de literatura francesa en el CÁDIZ, correspondiendo así á los deseos de nuestros favorecedores. Como tenemos que ir ofreciendo lugar en sus columnas á muchos notables escritos con que se nos ha honrado, sólo el número correspondiente al día 10 de cada vez, llevará por ahora la parte de literatura francesa que ofrecemos. Si más tarde, como pensamos, damos más extensión á nuestra revista, la llevará en todos.

Correspondiendo al favor del público, la Directora-propietaria del CÁDIZ ha resuelto mejorar éste con una sección de retratos y grabados que aumenten su interés, para lo cual está ya de acuerdo con una notable empresa de Madrid, y un distinguido grabador del mismo punto que se encargará del trabajo del CÁDIZ.

La suscripción, á pesar de los inmensos gastos que esta mejora ocasiona, no aumentará en nada su precio.

ADVERTENCIAS.

Se ruega á los Sres. que hayan recibido el CÁDIZ y no gusten favorecerlo con su suscripción, se sirvan devolver todos los números á esta Administración, pues de no hacerlo así se les considerará suscritos por un trimestre, y se girará contra ellos.

Varios de los periódicos que nos hacen el honor de cambiar con el CÁDIZ envían un número á la redacción de esta revista y otro á nombre de nuestra Directora. Advertimos, para evitarles perjuicios, que toda la correspondencia del CÁDIZ se entrega á la Sra. Doña Patrocinio de Biedma, y que por lo tanto es inútil se molesten en enviar dos ejemplares.

La señora Directora del CÁDIZ advierte á los que la han escrito suplicándola recomendaciones para destinos, limosnas para establecimientos ó particulares, apoyo de niños huérfanos, etc., que con mucho sentimiento suyo nada de esto puede hacer, porque la dirección de un periódico no facilita los medios que creen los que á ella se dirigen, ni tiene costumbre de molestar á sus amigos con peticiones extrañas á la literatura; así, pues, compadeciéndolo muy de corazón las penas que se la han referido, como no tiene medios de aliviarlos particularmente, no contestará en adelante á ninguna de esas peticiones.

Rogamos á los periódicos que nos honran reproduciendo nuestros trabajos, se sirvan poner al pie, como es justo, el nombre de nuestra publicación, y damos las gracias á *El periódico para todos* de Madrid, por haber cumplido con esta costumbre en el artículo que transcribe.

La mayor parte de los días faltan de nuestra redacción nuestros apreciables colegas *La España*, *El Constitucional* de Madrid y el idem de Alicante, *La Andalucía* de Sevilla y *El Mediodía* de Málaga. Sres. Administradores de Correos, ¿no habría medio de evitarlo?

ANUNCIOS.

CUENTOS DE SALON.

Se ha publicado el tomo segundo de la nueva serie, con una colección de

FÁBULAS EN ACCION.

CUADRITOS DRAMÁTICOS EN VERSO

POR

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 7 rs. en la librería de Morillas. Están de venta las siguientes novelas de Guerrero, publicadas en la Primera serie: *Una perla en el fango*, un tomo. — *El Velloco de oro y Fea y pobre*, un tomo. — *La manzana de la discordia* y *El Sueño de la felicidad*, un tomo. — *La nube negra*, un tomo. — *Madrid por dentro*, dos tomos. — *Anatomía del corazón*, dos tomos. — Tomando la colección, se dá en 32 rs. — En la segunda serie, *Las trece noches de Carmen*, 5 rs.

Se ha publicado la segunda edición del libro satírico y humorístico de Guerrero, *LAS LLAVES*, 40 rs.

Pedidos al Administrador de los *Cuentos de salon*, calle de Claudio Coello, 43, en Madrid, remitiendo el importe.

CANTARES

Y OTRAS RIMAS QUE LO PARECEN,

POR

D. Juan Vila y Blanco.

Un cuaderno de 32 páginas en 8.º con dedicatoria y 238 cuartetas. — A un real de vellón el ejemplar. Se hallará en casa del autor, Angeles, 4 y 6, Alicante.

NUEVA EDICION DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edición de

EL QUIJOTE

que ha hecho en Cádiz D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la dirección del Sr. D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse dirigiéndose al editor, tipografía La Mercantil, Sacramento 39, Cádiz, ó á las principales librerías de España y del extranjero.

La obra consta de 5 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica producción de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica de los Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adición á la lista que llevará el último tomo que está en prensa.

ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO

DEL

TEATRO ESPAÑOL,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS,

POR D. ROMUALDO ALVAREZ ESPINO

CON UN PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS,

Libro que tanto puede servir para la enseñanza, como para la consulta, y en el que se hallan recopilados los trabajos esparcidos por nuestros más ilustrados literatos en tratados extensísimos de *Literatura general*.

Esta obra, que consta de 75 pliegos en cuarto prolongado, de impresión muy compacta, pero clara, se hallará de venta al precio de 60 rs. en Cádiz en la tipografía *La Mercantil*.

A los Sres. Corresponsales se les hará una baja de un 20 por 100 en los ejemplares que pidan, advirtiéndoles que deben hacer los pedidos cuanto antes, por ser la tirada muy corta y haber recibido ya algunos de consideración.

CÁDIZ: 1877

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ

Sacramento 39 y Bula 8.